

Reconquistar la idea del desarrollo

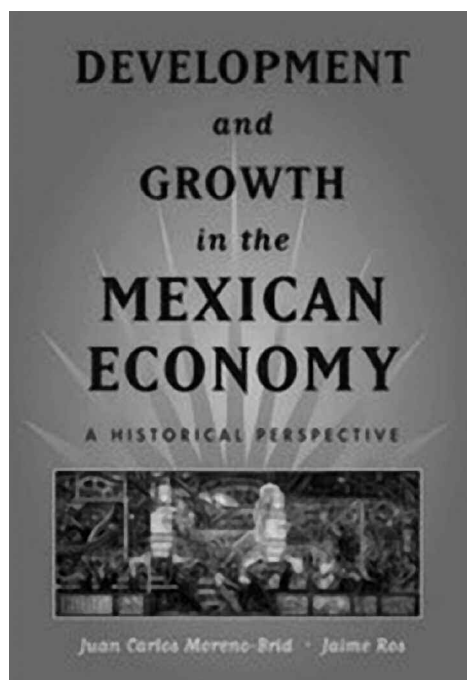
Rolando Cordera Campos

La idea del desarrollo como progreso (como “estar al día”, a la par de lo que se considera lo más avanzado) es tan vieja como la modernidad. Forma parte del pensamiento clásico de las ciencias sociales, así como de las experiencias políticas internacionales de los dos últimos siglos. Sin embargo, la preocupación por este proceso central en la vida de los países no adquirió presencia ni se volvió universal y estratégica sino hasta la segunda mitad del siglo xx.

En México, la aspiración por el progreso económico se planteó desde el siglo xix y se dirigió a propiciar las condiciones necesarias para el despegue económico nacional: crear mercados, eliminar los privilegios, impulsar la planta productiva. El empeño lo compartieron liberales y conservadores, nacionalistas y cosmopolitas, pero cuando se revisan los datos duros de nuestra historia económica los resultados suelen ser muy *duros* con el desarrollo.

La incapacidad de construir puentes entre proyectos de nación antagónicos, así como con las bases de la sociedad en una perspectiva democrática, nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia política y ha tenido un costo muy importante en términos económicos y sociales. Como lo contemplara Mariano Otero después de la amarga derrota del 47, sólo con un acuerdo en lo fundamental podría México constituirse como Estado nacional y poner manos a la obra en pos de la ya desde entonces ansiada modernidad.

A las grandes luchas por alcanzar la Independencia siguieron periodos de inestabilidad que solamente fueron superados por arreglos políticos, más informales que formales, para construir regímenes bajo los cuales se logró articular intereses económicos que han resultado en modernizar a tumbos



y de manera segmentada al país. Después de la Revolución se alcanzó un equilibrio dinámico entre expansión económica y estabilidad política, pero en los últimos lustros tal equilibrio se ha puesto en entredicho.

De esto y más, de geografía, talentos, desencuentros, paradojas (Alamán, el conservador emblemático por la política industrial; Montes de Oca, secretario de Hacienda del régimen revolucionario, por el primer “estancamiento estabilizador”; la Iglesia levantisca y furiosamente antiliberal, como banco de desarrollo en el siglo xix), hablan Juan Carlos Moreno y Jaime Ros en su espléndido libro *Development and Growth in the Mexican Economy: A Historical Perspective*, sobre el crecimiento y el desarrollo de México. Nuestros autores (el primero asesor regional de la Comisión Económica para América Latina en su sede de México y el segundo profesor de la Universidad de Notre Dame y ahora de la Facultad de Economía

de la UNAM) nos ofrecen un exitoso *tour de force* por la historia del desarrollo mexicano con el enfoque y desde una sofisticada perspectiva de la economía política del desarrollo. Se trata de una fusión virtuosa entre historia, teoría y voluntad analítica que estoy seguro contribuirá al conocimiento de la evolución de México a través del no siempre diáfano prisma de la acumulación de capital, las instituciones que la estimulan o frenan y la articulación, virtuosa o perversa, según el caso, del Estado nacional y su sistema político con los procesos económicos y de transformación productiva. Su interpretación de las “raíces del atraso” mexicano se inspira en los valiosos trabajos de John Coatsworth y sin duda los enriquece.

Son estas articulaciones, nos ilustran los autores a lo largo de su rico relato, las que pueden auspiciar el despliegue, pero también la desviación, de las fuerzas sociales y sus correlaciones de fuerza y poder, así como del propio cambio social del que se desprenden el crecimiento económico y el desarrollo. Instalados con soltura en la tradición clásica o pionera del pensamiento sobre el desarrollo internacional (que Ros explorara con brillantez en su libro anterior, *Development Theory and the Economics of Growth*), ofrecen panoramas históricos cargados de lecciones útiles para evaluar los proyectos diversos y encontrados que se han puesto en juego con el objetivo de hacer del país y de su economía turbinas de cambio y equidad en lo productivo y lo social.

Los dos objetivos maestros del libro son: trazar el panorama histórico del desarrollo mexicano y evaluar las políticas de desarrollo puestas en acto durante la fase de industrialización dirigida por el Estado, así como las que se implantaron después de las grandes crisis financieras de los años

ochenta del siglo pasado, dirigidas a la implantación de una economía abierta y de mercado que habría de servir como vehículo fundamental para la globalización acelerada de México al fin del siglo xx. Como se sabe, esta estrategia fue diseñada y en gran medida aplicada en consonancia con el código neoliberal imperante en casi todo el mundo y con los preceptos del llamado Consenso de Washington.

Los propósitos esbozados arriba son alcanzados por los autores con maestría; seguramente, la discusión sobre nuestro presente se enriquecerá con los hallazgos y los juicios críticos de Moreno y Ros que, por fortuna, van más allá de la estimulante reconstrucción histórica que nos ofrecen para arriesgarse a entrar al debate actual sobre el destino de este (relativo) estancamiento estabilizador, como lo llamamos algunos, y sobre la viabilidad de un nuevo curso para el desarrollo nacional, como también lo hemos propuesto algunos de nosotros.

Sobre la eficacia retórica y el rigor conceptual que acompañan al libro, habrá de hablarse mucho en adelante, sobre todo una vez que llegue a las librerías mexicanas y latinoamericanas en su versión en español que el Fondo de Cultura Económica ha editado.

Soy un convencido de que este volumen puede hacer época en la reflexión sobre la economía política mexicana, tan urgida de desembarazarse de tanto lugar común al que la ha sometido el reino casi absoluto de la sabiduría convencional y, a la vez, tan necesitada de nuevos criterios de evaluación de nuestro desempeño. Evaluación que puede y debe ser capaz de ir más allá de la racionalidad instrumental pero sin renunciar a ella, para inscribirse en un discurso nutrido por la historia y el análisis de la política y así estar en condiciones de gestar alternativas sustentadas en el rigor analítico y sostenidas en nuevas voluntades sociales y estatales.

La “gran narrativa” de la historia y las ciencias sociales ha sufrido las inclemencias del cambio de humor intelectual y editorial, así como las mutaciones, poco venturosas en más de un caso, registradas en la academia internacional de las ciencias sociales y políticas, así como de la filosofía. La estilización y el juego matemático a ul-

tranza han querido sustituir la mirada larga y la ambición de escudriñar en las estructuras y hacer el recuento de los proyectos y decisiones del poder no sólo en lo inmediato o en la coyuntura, sino en el arco más largo de la historia del desarrollo y la cultura. No han podido lograrlo porque no están hechos para eso, mucho menos para convencernos de la futilidad del recuento o de los usos de la memoria y la razón histórica.

Ésta no es, pienso, una plaga transmitida a través del Río Grande sino global y ha dañado al conjunto de nuestra región latinoamericana. Gracias a la CEPAL, sin embargo, la vocación estructuralista, necesariamente histórica, que nos legaran Raúl Prebisch y Celso Furtado entre otros, ha podido mantenerse e incluso avanzar, como lo muestran los trabajos sobre la transformación productiva con equidad (1990), inspirados y en buena medida facturados por Fernando Fajnzylber, o sobre la equidad, el desarrollo y la ciudadanía (2000), y otros trabajos promovidos y realizados por José Antonio Ocampo. Con su reciente informe “La hora de la igualdad”, esta institución da otra vuelta de tuerca al discurso desarrollista para inscribirlo con precisión y claridad en el enfoque de los derechos, de gran valía para los esfuerzos de evaluación y cambio de curso en los que cada vez más se empeñan y comprometen las naciones en desarrollo.

La crisis global, sugiere Joseph Stiglitz, se ha enquistado y arroja ya un resultado desalentador: la primera década del nuevo milenio puede calificarse como una década perdida y no sólo para Estados Unidos y las otras naciones que resintieron con especial rigor la caída económica y financiera de los años recientes. Para México, sus desventuras en y con la globalización han significado precipitaciones productivas y sociales de las que no será fácil reponerse, como no lo será salir del pozo de reiteraciones doctrinarias, dogmáticas en el peor sentido, en que lo han metido los responsables de la conducción económica nacional.

Este presente ominoso marca el futuro y amenaza con alejarlo de nuestras manos; tal vez, la única forma de reconquistarlo sea con la recuperación del análisis histórico y la revisión y reedición de nuestras más sólidas hipótesis sobre las relaciones estructurales, ahora de nuevo conmovidas por la tormenta presente. La madurez del continente y sus logros democráticos habrán de ponerse a prueba por la solidez para encarar el reto de la igualdad que es inseparable del desafío del desarrollo, tan esquivo como en el pasado a pesar de las apariencias y realidades de los sucesivos *booms* de las materias primas y la aparición de China como providencial gran comprador e inversor.

Con pocas excepciones, como lo son el libro de Carlos Tello sobre el Estado y el de-



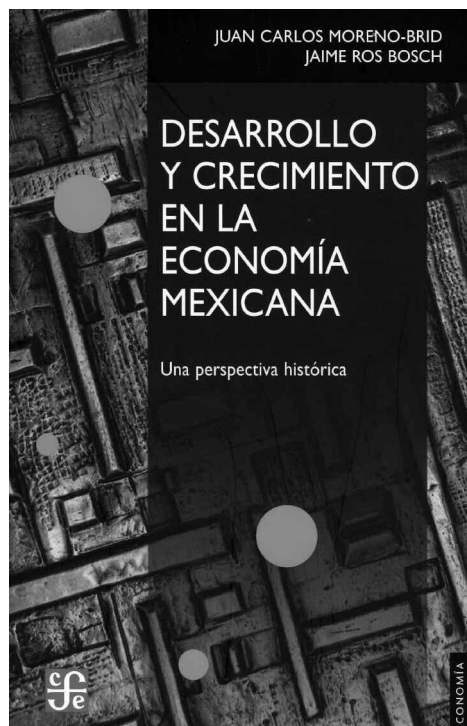
Armando Valdés Montañez, *Paroxismo*

sarrollo de México que acaba de estrenar su segunda edición, o los volúmenes más especializados de Enrique Cárdenas sobre la historia hacendaria, el trabajo de Juan Carlos y Jaime está destinado a llenar enormes huecos que en el pasado fueron cubiertos (en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta), por las obras fundamentales de Raymond Vernon, Clark Reynolds, Leopoldo Solís y Roger Hansen, entre otros.

Las descripciones y revelaciones certeras sobre lo azaroso que ha sido nuestro desarrollo, que sólo ha vivido dos momentos largos de expansión, en el Porfiriato y durante la industrialización dirigida por el Estado que culminara en el “desarrollo estabilizador”, sirven de telón de fondo para una fina y convincente reconstrucción de este lapso de nuestra historia que, en los tiempos de las crisis financieras de los ochenta y el cambio globalizador de los noventa, fue reducida a una “leyenda negra” de la que muchos analistas y actores de la política no han podido desembarazarse. En este sentido, la contribución de nuestros autores adquiere particular relevancia no sólo en el plano académico, que sin duda lo tiene y sostiene, sino en el del debate de las ideas y sobre las políticas para trazar nuevos senderos y salidas del bloqueo en que se encuentran nuestra dinámica productiva y la propia convivencia colectiva.

En este sentido, su crítica a la visión del “equilibrio único” con la que terminan su penúltimo capítulo constituye una excelente apertura para repensar nuestras frustraciones actuales con una estrategia cuya capacidad para prohiar el desarrollo vive un franco agotamiento, después de lustros de desempeño mediocre y en realidad desestabilizador, como alguna vez llamara Clark Reynolds al propio desarrollo estabilizador.

Los señalamientos finales sobre la importancia del papel que juegan en el proceso de desarrollo las percepciones y los consensos sobre la política económica entre sus diseñadores y dirigentes y otros actores económicos clave, son de particular actualidad: el embotellamiento presente no sólo recoge una infame combinatoria de restricciones y obstáculos estructurales u “objetivos”, sino también, y tal vez sobre todo, una suerte de parálisis mental e imaginativa que impide asumir la labilidad de esas restric-



ciones y actuar en consecuencia, y a partir de nuevos criterios de evaluación y alternativas en los que también nuevos consensos podrían configurarse.

Las estimulantes reflexiones y provocadoras reconfiguraciones que nos ofrece el libro encuentran al final una difícil desembocadura en el dilema entre el dirigismo o la “solución Gershenkron” y la ruta de “destrucción creativa” impelida por el desarrollo imparable del mercado postulada por Schumpeter. El balance alcanzado entre el Estado y el mercado por las reformas de fin de siglo no parece haber sido capaz de impulsar y sostener una acumulación de capital como la que se requiere para salir al paso del gran divorcio entre la economía política configurada por esa estrategia y la demografía, cuya mudanza marca con fuerza el presente y el futuro previsible de México. Lo que está en puerta es la irrupción de una demografía política que amenaza con tornarse antipolítica y poner contra la pared los otros equilibrios en las relaciones y lucha por el poder medianamente logrados por el reformismo político iniciado en 1977. La posibilidad de cambios en percepciones y consensos desde los cuales desplegar estrategias de remoción y superación de las restricciones presentes se presenta así no sólo difícil sino remota.

De cualquier forma, es claro ya que los aportes del reformismo neoliberal a la recu-

peración de los equilibrios macroeconómicos y financieros, o al notable éxito exportador no pueden entenderse más como sucedáneos de un crecimiento cuya sustentabilidad dinámica no aparece por ningún lado. La esperanza en las ganancias de eficiencia que traerían consigo las reformas de mercado se troca en visiones ideológicas que impiden una reconsideración urgente y de fondo del papel que ha de jugar la variable política y, en particular, el Estado en la construcción de un curso diferente para nuestro desarrollo.

El dilema final planteado mas no resuelto por nuestros amigos debería ser abordado con claridad desde la perspectiva propuesta por Gershenkron: “para romper las barreras del estancamiento, para inflamar la imaginación de los hombres y poner sus energías al servicio del desarrollo económico, se requiere una medicina más fuerte que la promesa de una mejor asignación de los recursos”. Quizás el dilema que se plantean Moreno y Ros sea más bien el de una secuencia: para “tener” a Schumpeter hay que tener primero a Gershenkron. O bien, que para contar con una destrucción creativa que auspicie un crecimiento sostenido y un desarrollo estable sea indispensable contar con un Estado capaz de generar y sostener mecanismos eficaces de mediación de conflictos y protección social.

El dilema hay que asumirlo a partir de aquí para dejar atrás la confusión que ha provocado entre nosotros la fe en una magia del mercado en la que ni sus principales promotores creían demasiado. Por lo demás, dar por resuelto el acertijo no nos exime de tratar de recuperar la práctica de pensar por nosotros mismos sin renunciar a lo mejor del pensamiento internacional sobre el desarrollo, como lo han hecho ejemplarmente Juan Carlos Moreno y Jaime Ros.

Con sus poco más de trescientas páginas, bien organizadas en once jugosos capítulos, *Development and Growth in the Mexican Economy* es una afortunada contribución a las conmemoraciones de nuestra Independencia y Revolución. Bienvenida. ▮

Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros, *Development and Growth in the Mexican Economy: A Historical Perspective*, Oxford University Press, 2009, 328 pp.